

PAPIROS de Crítica Dialéctica

... • • ...

(serie nota de opinión)

La Patagonia no puede pensarse solo como paisaje o territorio natural. Históricamente funciona como una frontera de acumulación: tierra barata, reserva de agua, bosques, biodiversidad y valor turístico. En términos materiales, es un espacio donde la tierra opera como mercancía y activo estratégico.

En ese marco, los actores relevantes no se organizan por identidad, religión u origen nacional, sino por posición en la estructura del capital: grandes terratenientes, magnates, empresas inmobiliarias, fondos de

inversión y Estados (provinciales y nacional) que habilitan, regulan o miran para otro lado. Británicos, italianos, estadounidenses, árabes, israelíes o argentinos aparecen como propietarios o inversores; lo que los une no es el origen, sino la lógica de valorización de la tierra.

Los incendios deben leerse dentro de esta estructura:

- .cambio climático y sequías prolongadas,
- .abandono estatal y falta de control,

Patagonia, incendios y acusaciones: una lectura histórico-material

Claudio Timm



.expansión inmobiliaria y turística,
-uso histórico del fuego como herramienta para
“limpiar” territorios y redefinir usos del suelo.

No todo incendio es intencional, pero el punto central es que el fuego produce efectos materiales: deprecia tierras, desplaza poblaciones, reconfigura normativas y habilita negocios futuros. Por eso, aunque no exista un plan único, el fuego no es ajeno a la lógica de acumulación.

El desplazamiento ideológico aparece cuando se deja de preguntar:

¿quién se beneficia materialmente de la tierra quemada?

y se pasa a:

¿qué extranjeros hay en la zona?, ¿de qué origen son?

Ahí, casos individuales o delitos concretos se transforman en acusaciones colectivas. Un israelí, un árabe o un argentino que comete un delito responde penalmente como individuo; convertir eso en una estrategia identitaria es un error histórico clásico. Se sustituye una relación social por una identidad, y el capital real desaparece del análisis.

Este mecanismo no es nuevo. En contextos de crisis, cuando el Estado pierde legitimidad y no hay proyecto colectivo, las contradicciones del capital tienden a personificarse. Antes fue “el judío financiero”; hoy pueden ser “los israelíes”, “los extranjeros” o, en el otro extremo, “los mapuches radicalizados”. En ambos casos, funcionan como pantallas que desvían la mirada del conflicto estructural.

Desde una lectura histórico-material:

- el conflicto patagónico es por la tierra como forma de capital;
- el actor clave es el Estado, que permite la extranjerización, no controla y llega tarde al desastre;
- los beneficiarios son fracciones del capital, no pueblos ni comunidades;
- la acusación identitaria no solo es injusta: es políticamente funcional, porque no cuestiona el orden que produce el problema.

Conclusión:

Cuando la crítica se queda en la identidad y abandona la estructura, deja de ser transformadora. El fuego quema bosques; la acusación identitaria quema la posibilidad de comprender y cambiar la realidad.

